

CATANIA.

El aspecto de Taormine nos sumergió en éxtasis. A nuestra izquierda y hermojeando el horizonte, se elevaba el Etna, aquella columna del cielo, como la llama Pindaro, perfilándose su masa violada en una atmósfera rojiza impregnada toda de los nacientes rayos del sol. Luego, aproximándose á nosotros, se veían tendidas á los piés del gigante dos montañas de color leonado, que se hubiera creído estaban cubiertas de una inmensa piel de leon; delante de nosotros, en el fondo de una pequeña bahía, y apenas destacándose de la sombra se elevaban á orilla del mar, semejantes á un espejo de acero bruñido, algunas casas miserables dominadas á la derecha por la antigua ciudad de Tauromenium. La ciudad estaba dominada á su vez por una montaña, ó mas bien, por un pico, en lo alto del cual se levanta y agrupa la ciudad sarracena de la Mola, á la que se llega por una escalera de granito.

Cuando hubimos contemplado á nuestro gusto aquel espectáculo tan grande, tan magnífico, tan espléndido, que Jadin ni aun pensó siquiera en hacer un boceto,

volvimos la vista hácia el Este. El sol se levantaba lenta y majestuosamente detrás del extremo de la Calabria inflamando la cima de sus montañas, mientras que su vertiente occidental quedaba envuelta en una media tinta, en la que se distinguían las quebradas, los valles y los barrancos en una sombra mas oscura, y las ciudades y aldeas, por el contrario, con un tinte blanco mate. A medida que se iba elevando en el cielo, todo cambiaba de color, casas y montañas; el mar de un color parduzco que tenia se puso brillante, y cuando nos volvimos, el primer paisaje que habíamos visto, habia perdido su tinte fantástico para volver á entrar en su poderosa y majestuosa realidad.

Desembarcamos, y despues de una subida como de media hora, bastante pendiente y por un camino estrecho y pedregoso llegamos á las murallas de la ciudad, compuestas de lava negra, de piedras amarillentas y ladrillos rojos. Aunque al primer aspecto la ciudad parece morisca, la ojiva de la puerta es normanda. La atravesamos y nos hallamos en una calle sucia y estrecha que desembocaba en una plaza en medio de la cual se eleva una fuente que sostiene una estatua particular; es un busto de ángel del siglo xiv embutido en el cuerpo de un toro antiguo. El ángel es de mármol blanco, y el toro de granito rojo. El ángel tiene en la mano izquierda un globo en el que está implantada una cruz y en la otra un cetro. Una iglesia colocada en frente presenta dos adornos notables; en primer lugar las seis columnas de mármol que la sostienen, y además los dos leones góticos que echados al pié de las pilas bautismales sos-

tienen las armas de la ciudad que son una torada; esta segunda escultura da la explicacion de la de la plaza.

Al salir de la iglesia nos encontramos á un desgraciado, que de su estado de sastre que era, la munificencia del rey de Nápoles habia elevado á las funciones de cicerone. A las primeras palabras que cambiamos con él, vimos con quién teniamos que tratar; pero como teniamos necesidad de un guia, le tomamos bajo aquel título, á fin de no ser robados. En efecto, nos condujo bastante directamente al teatro, haciéndonos pasar por delante de una casa que una hilera de letras góticas que formaba cornisa designaba como de haber servido de retirada á Juan de Aragon despues de la derrota de su ejército por los Franceses. A ochenta pasos de aquella casa, poco mas ó menos, están las ruinas de un convento de religiosas, del que no queda sino una torre cuadrada, horadada por tres ventanas góticas, y dominada por una muralla de rocas, al pié de la cual crecen granados, naranjos y adelfas. Del medio de aquel grupo de árboles, se destacaban dos palmeras que daban á toda aquella fábrica un aire africano que no carece de cierta apariencia de realidad bajo un sol de treinta y cinco grados.

Llegamos en fin á las ruinas del teatro: antes que se hubiesen descubierto las de Pompeya y Herculano, y cuando no se conocian las de Orange, era, segun se dice, el mejor conservado. Como en Orange, se ha aprovechado el accidente del terreno haciendo una cortadura semicircular en una montaña para tallar en el granito los escalones sobre los cuales estaban sentados

los espectadores; el teatro de Tauromenium podia contener veinte y cinco mil.

Por lo demás, este teatro, construido de ladrillo, presenta ruinas que carecen de magnificencia; el viajero sentado allí para visitar aquellas ruinas, se sienta y no ve mas que el inmenso horizonte que se desarrolla delante de él.

En efecto, á la derecha el Etna se desarrolla en toda la inmensidad de su base, que tiene setenta leguas de circunferencia, y en toda la majestad de su altura, de diez mil seiscientos piés, es decir, solo dos mil menos que el Monte Blanco, y seis mil doscientos mas que el Vesubio. A la izquierda la cadena de los Apeninos vá aplanándose detrás de Reggio, y semejante á un toro arrodillado, extiende su cabeza y presenta sus cuernos á la mar, terminando en el cabo *dell' Armi*. En el horizonte se confunden el mar y el cielo; luego, dirigiendo por la derecha la vista hácia el horizonte mas lejano de la base del teatro, se descubre una costa toda ribeteada de puertos, sembrada toda de ciudades, y de ciudades que se llaman Siracusa, Augusta y Catania.

Quando se ha visto aquel magnifico espectáculo por espacio de una hora, falta la curiosidad, lo confieso, para todo lo demás: así que mas bien por descargo de mi conciencia, fué por lo que, mientras Jadin sacaba un croquis del teatro y del paisaje, yo visitaba el sitio de los simulacros marítimos, los estanques de peces, los baños, el templo de Apolo y el barrio del *Rabatto*, palabra sarracena que atestigua la dominacion árabe que la sobrevive.

Después de dos horas de correría por las rocas, las viñas, y lo que es peor, en las calles de Teormine, después de haber contado cincuenta y cinco conventos de religiosos y religiosas, lo que me pareció excesivo para una población de cuatro mil quinientas almas, me dirigí á donde estaba Jadin, atormentado de un hambre atroz, y le hallé con una disposición á pesar de su reciente enfermedad, que en nada cedía á la mía. Como nada me quedaba por visitar para completar mi excursión arqueológica, sino el camino de los sepulcros, y aquel camino estaba justamente debajo de donde nos hallábamos, en lugar de volver á atravesar la ciudad, bajamos medio escurriéndonos, medio rodando, por una especie de precipicio cubierto de yerbas secas, sobre las que era tan difícil sostenerse como sobre el hielo: contra lo que era de esperar, llegamos abajo sin accidente, y nos encontramos en el camino sepulcral.

Es enteramente allí el mismo sistema de inhumaciones que en las catacumbas: sepulcros de seis piés de ancho y cuatro de profundidad, están excavados horizontalmente, y pequeñas paredes en forma de estribo, separan aquellas propiedades mortuorias las unas de las otras; hay cuatro pisos de sepulcros.

Compréndese que de ningún modo era cosa de almorzar en los detestables chiribitiles que se levantan, bajo el nombre de casas, á orilla del mar. Hicimos señal al capitán, á quien distinguimos sobre el puente, y que no nos había perdido de vista, para que nos enviase la chalupa. Pagamos á nuestro cicerone, y nos volvimos á bordo.

Decididamente Giovanni era un grande hombre: había adivinado que después de una excursión de cinco horas en regiones que excitan en alto grado el apetito, no podríamos menos de tener hambre. En consecuencia, había puesto manos á la obra, y nuestro almuerzo estaba dispuesto.

¡Viajeros, cuando vayais por Sicilia, en nombre del cielo, tomad un Speronare! Con un Speronare, sobre todo, si fuese posible, el de mi amigo el capitán Arena, en el que se está mejor que en ningún otro, con un Speronare comereis siempre que no os halleis acometidos del mareo; en las posadas no comereis, Y tómese esto al pié de la letra: en Sicilia no se come sino lo que uno lleva; en Sicilia no son los posaderos los que dan alimento á los viajeros, sino los viajeros los que alimentan á los posaderos.

Aguardando mientras el capitán iba á buscar á tierra su patente, almorzamos divinamente. Al medio día, habiendo vuelto el capitán, levamos el ancla. Teníamos un viento hermoso que nos permitía correr dos leguas por hora, de modo que al cabo de tres horas casi, nos encontramos á la altura de Aci-Reale, donde había dicho al capitán pensaba detenerme. Por tanto, dirigió la proa hacia una especie de cala de donde partía un sendero en zig-zags que conducía á la ciudad, la cual domina al mar desde una altura de trescientos ó cuatrocientos piés.

Fué cuestión de una nueva patente que recoger, y de tener que sufrir un retraso de una hora; después de lo cual se nos autorizó para ir á la ciudad. Jadin me si-

guió de buena fe, sin saber qué era lo que yo iba á hacer allí.

Ací me pareció bastante linda y edificada con bastante regularidad. Sus murallas la dan un aspecto algo formidable, del que parece enorgullecerse; pero yo no habia ido para ver murallas y casas; buscaba alguna cosa mejor, buscaba el hijo de Neptuno y de Toosa. Calculé que no vendría á ponerse delante de mis ojos, y me dirigí á uno que seguía la calle en direccion opuesta á la mia. Fui, pues, hácia él: conoció que era extranjero, y figurándose que tenia que pedirle algunas noticias, se detuvo:

— Señor, le dije, sin que sea indiscrecion, ¿me permitireis os pregunté cuál es el camino de la gruta de Polifemo?

— ¿El camino de la gruta de Polifemo? ¡Oh! ¡oh! dijo mirándome, ¿el camino de la gruta de Polifemo?

— Sí, señor.

— Os habeis equivocado, caballero, en tres cuartos de legua casi. Está bajando en direccion á Catania. Reconocereis el puerto por las cuatro rocas que avanzan en el mar, y que Virgilio llama *cyclopea saxa* y Plinio *scopuli cyclopum*. Desembarcareis en el puerto de Ulises, marchareis en línea recta dando espaldas al mar, y entre la aldea de Aci-San-Filippo y la de Niceti, encontrareis la gruta de Polifemo.

El buen señor me saludó y continuó su camino.

— ¡Y bien! hé aquí un señor que me parece posee bastante bien su ciclope, me dijo Jadin, y cuyas noticias me parecen bastante positivas.

— Así, á menos que no tengais algo de particular que hacer aquí, volvamos á bordo, si quereis.

— Sabed, querido, me dijo Jadin, que nada tengo que hacer allí donde se sienten cuarenta grados de calor; que no he venido sino por seguiros, y que en adelante, cuando no esteis seguro de una direccion, me hareis un servicio dejándonos donde estemos á mí y á Milord. ¿No es esto, Milord?

Milord sacó medio palmo de lengua enrojecida, lo cual, unido al modo violento con que jadeaba, me probó que era exactamente del parecer de su amo.

Bajamos hácia el mar, y nos volvimos á embarcar. Al cabo de una media hora reconocí perfectamente por sus cuatro rocas ciclópeas el lugar indicado: además pregunté al capitán si la rada que veía era efectivamente el puerto de Ulises, y me respondió afirmativamente. Anclamos en el mismo sitio en que lo habia hecho Eneas.

Tal es el poder del genio, que despues de tres mil años este puerto ha conservado el nombre que le dió Homero, y aun para los aldeanos la historia de Ulises y de sus compañeros, perpetuada como una tradicion, no solo á través de los siglos, sino aun de las dominaciones sucesivas de los Españoles, de los Cartaginesos, de los Romanos, de los emperadores griegos, de los Godos, de los Sarracenos, de los Normandos, de los Angevinos, de los Aragoneses, de los Austríacos, de los Borbones de Francia y de los duques de Saboya; perpetuada, digo, parece tan viva como entre nosotros las tradiciones mas nacionales de la edad media.

Así el primer niño á quien pregunté por la gruta de Polifemo, se puso á correr delante de mí para enseñarme el camino. En cuanto á Jadin, en lugar de seguirme, se tiró muy lindamente al mar, bajo pretexto de buscar allí á Galatea.

En verdad se halla todo, con proporciones menos gigantescas sin duda que las que tiene en los poemas de Homero, de Virgilio y de Ovidio; pero la gruta de Polifemo y de Galatea está allí todavía despues de treinta siglos: la roca que aplastó á Acis está allí, cubierta y protegida por una fortaleza normanda que ha tomado su nombre. Acis es verdad que fué convertido en rio, llamado hoy el *Aque-grandi*, y que en vano buscaba yo; pero se me mostró su lecho, lo que venia á ser lo mismo. Supuse que habia ido á acostarse á otra parte, y nada mas. Cuando hace de treinta y cinco á cuarenta grados de calor, es necesario no ser muy severos sobre la moralidad de los rios.

Busqué tambien el bosque de donde Eneas vió salir al desgraciado Aqueménides, olvidado por Ulises, y á quien él, aunque griego, recogió; pero el bosque ha desaparecido ó poco menos.

La noche comenzaba á venir, y el sol, que yo habia visto salir por detrás de Calabria, desaparecia poco á poco detrás del Etna. Un tiro disparado á bordo del Speronare, y que me pareció ser por mí, me recordó que pasando cierta hora no se puede embarcar. No tenia yo gran interés en dormir en una gruta, aunque fuese la de Galatea; por otra parte, yo me parecia poquísimamente en la fisonomía al bello pastor

Acis, para que ella se engañase. Tomé la vuelta del Speronare.

Encontré á Jadin furioso. La comida se habia quemado; me aseguró que si continuaba haciendo tan mala compañía como los cíclopes, las nereidas y los pastores, se separaria de mí y viajaria por otro lado.

Estábamos rendidos de cansancio: entre Taormine, Aci-Reale y el puerto de Ulises, habíamos hecho una terrible jornada; así la tertulia no fué larga. Terminada la comida, nos tumbamos en nuestras camas y nos dormimos.

Al despertar, el paisaje era menos pintoresco que la vispera: me creí enfrente de una iglesia colgada de negro, preparada para un funeral. Estábamos en el puerto de Catania.

Catania se levanta como una isla, entre dos rios de lava. El mas antiguo que circunvala su derecha, data de 1331, el mas moderno y que le ciñe por su izquierda de 1669. Absorbida por el agua, que rechazó á la distancia de un cuarto de legua, aquella lava concluyó por enfriarse formando como una costa erizada llena de excavaciones extrañas y sombrías, que parecen otras tantas entradas del infierno, y que por un extraño contraste, están pobladas de palomas y golondrinas. En cuanto al fondo del puerto, ha sido cegado, y al presente únicamente pueden entrar en él los buques de poco porte.

Mientras el capitan iba á recoger su patente, nos metimos en la lancha, y con las escopetas en las manos, fuimos á hacer una excursion bajo aquella bóveda. Esto produjo la muerte de cinco ó seis palomas,

que fueron destinadas á servir de asado en nuestra comida.

Volvió el capitán con nuestro permiso de bajar á tierra; al punto nos aprovechamos de él, porque pensaba yo emplear los dos dias siguientes en subir al Etna, lo cual, segun las gentes mismas del país, no es asunto tan sencillo: diez minutos despues, estábamos en la Corona de Oro, en casa del señor Abbate, á quien cito por reconocimiento: contra lo acostumbrado, hallamos algo que comer en su casa.

Catania fué fundada, segun Tucídides, por los Calcedonios, y segun algunos otros autores, por los Fenicios, en una época en que las erupciones del Etna eran no solo raras, sino desconocidas, puesto que Homero, hablando de aquella montaña, en ninguna parte dice que sea un volcan. Trescientos ó cuatrocientos años antes de su fundacion, los fundadores fueron dominados por Phálaris, el que se refiere habia tenido la feliz idea de meter á sus súbditos en un toro de cobre, que rugia con poco fuego, y que justo una vez en su vida, empezó precisamente el experimento por el mismo que lo habia inventado. Muerto Phálaris, Gelon se hizo dueño de Catania, y descontento de su nombre, que suponiendo que esté sacado de la palabra fenicia *Caton*, quiere decir pequeña, le substituyó con el de Etna, acaso con el objeto de recomendarla con esta lisonja á un terrible padrino, que en aquella época comenzaba á despertar de su largo sueño: pero bien pronto los antiguos habitantes, cautivos de Phálaris, habiendo vuelto á su patria, gracias á las victorias de Ducetins, rey de las Dos Sicilias, preva-

leciendo un religioso recuerdo, la volvieron su primitivo nombre. Entonces fué cuando los Atenienses pensaron en conquistar aquella Sicilia que debia ser su tumba. Alcibiades los mandaba; su reputacion de belleza, de galantería y de elocuencia le precedia. Llegó delante de Catania, y pidió ser introducido solo en la ciudad y hablar á los cataneses: tal vez si no hubiese habido mas que cataneses, su demanda se hubiera negado; pero insistieron las catanesas. Se condujo á Alcibiades al circo, y todos quedaron seducidos por él. Allí el discípulo de Sócrates comenzó una de esas peroraciones jónicas tan dulces, tan agradables, tan elocuentes, tan terribles, tan razonadas y tan amenazadoras. De modo, que las mismas guardias de las puertas abandonaron sus puestos para acudir á oírle. Esto era lo que habia previsto Alcibiades, que no pecaba por exceso de cortedad, y de ello se aprovechó su lugarteniente Nicias: entró este con la flota ateniense en el puerto, que en aquella época no estaba cegado por la lava, y se apoderó de la ciudad sin que nadie se opusiese á ello. Cincuenta ó sesenta años mas tarde, Dionisio el Antiguo, que acababa de ajustar un tratado con Cartago y de someter á Siracusa, aguardaba el mismo resultado, no ya por la elocuencia, sino por la fuerza. Mamercus, mal poeta trágico y mediano tirano, le sucedió, habiendo abastecido á la posteridad de asuntos dramáticos, de los que Timoleon debia ser el héroe. Despues siguieron los Romanos, esos grandes invasores que apreciaron á su vez hácia el año 549 de la fundacion, y que empezaron saqueando. Valerio Mesala fué bajo este

punto de vista el predecesor de Verres. Solo que, en el tiempo de Valerio Mesala se saqueaba para la república, al paso que, en el tiempo de Verres, la cosa se había perfeccionado, se saqueaba para sí. El vencedor envió, pues, los despojos á Roma, era aun la Roma pobre, la Roma de tierra y techos de paja, así que no tuvo compasión. Había sobre todo entre el botín un reloj de sol, que se colocó cerca de la columna Rostrale, en el cual, durante medio siglo, el pueblo rey estuvo yendo á ver la hora con admiración. Cada una de aquellas horas se contaban entonces por conquistas. Estas conquistas enriquecían á Roma, y Roma comenzaba á volverse generosa. Resolvió entonces Marcelo hacer olvidar á los Sicilianos el modo como los Romanos se habían inaugurado con ellos: Marcelo tenía la monomanía de edificar, edificaba en todas partes donde se encontraba, fuentes, acueductos y teatros. Catania tenía ya dos de estos últimos; Marcelo añadió un gimnasio, y probablemente los baños. Así que Verres encontró la ciudad en un estado bastante floreciente para que se dignase cuidar de ella: se informó de lo que había mejor entre lo que había dejado Mesala y lo que había añadido Marcelo. Se le habló de un templo de Ceres, construido de lava, y edificado fuera de la ciudad, el cual encerraba una magnífica estatua, conocida solamente de las mujeres, porque estaba prohibido á los hombres entrar en aquel templo. Verres, que naturalmente era poco galante, dijo que las mujeres tenían ya bastantes privilegios sin que hubiera necesidad de respetar aquel, y en seguida entró en el templo y cogió la estatua. Algun

tiempo despues, Sexto Pompeyo saqueó á Catania á su vez á pretexto de que había estado demasiado tibia con su padre, durante sus desavenencias con César, de modo que hacia largo tiempo que había llegado Augusto, cuando realmente Augusto vino.

Este era el reedificador general y el pacificador universal. En su juventud, llevado por el ejemplo, había proscrito, por hacer como Lépido y Antonio; mas luego que avanzó en edad, se hizo nombrar tribuno del pueblo y no *imperator*, como le llamaban los republicanos de su tiempo. Gustaba de las bucólicas, las geórgicas y los idilios, de los cantos de los pastores, de las competencias de flauta y el murmullo de los arroyos. Era en fin, el dios que tenía en reposo al mundo. Catania sintió los beneficios de aquel dulce reinado. Augusto reedificó sus muros y le envió una colonia, que todavía en tiempo de Teodosio era una de las mas florecientes de Sicilia; pero desde la muerte de este último volvieron á comenzar las tribulaciones de Catania: los Griegos, los Sarracenos y los Normandos se sucedieron unos á otros, y la trataron sobre poco mas ó menos como había hecho Mesala, Verres y Sexto Pompeyo. En fin, para coronar todas aquellas depredaciones sucesivas, un temblor de tierra, acaecido en 1167, la arruinó no dejándole una sola casa; quince mil habitantes perecieron en aquella catástrofe. Luego que cesó el temblor de tierra, los que se habían salvado volvieron á sus ruinas como los pájaros á sus nidos, y con la ayuda de Guillermo el Bueno, reconstruyeron una nueva ciudad. Apenas estaba levantada, cuando Enrique VI, en un

momento de mal humor, la prendió fuego y pasó sus habitantes á cuchillo. Felizmente se salvaron algunos. Los que habian escapado al furor del padre, conspiraron contra el hijo. Federico Barbaroja estaba empapado en los principios de su digno padre : volviola á quemar y á pasar de nuevo á cuchillo. Despues de Enrique y Federico, nada habia peor que la peste : llegó en 1548 y despobló á Catania. Comenzaba en fin esta ciudad á reponerse de los azotes sucesivos que la habian devastado, cuando en 1669 una lluvia de lava de diez leguas de extension y una legua de longitud surgió del monte Rosso, bajó hasta ella, sepultando tres aldeas en su curso, y minándola en su base, la arrojó en el puerto que cegó con sus ruinas.

Hé aquí la historia de Catania durante veinte siglos, y sin embargo, obstinada la ciudad se ha vuelto á sentar constantemente en el mismo sitio, ahondando cada vez mas en aquel suelo movable y desleal sus raíces de piedra. Hay mas : Catania es con Mesina la ciudad mas rica de la Sicilia.

Así que terminamos el amuerzo, nos pusimos en camino atravesando la ciudad. Nuestro cicerone nos llevó derechos á sus dos plazas : observé que son las dos plazas que los ciceroni os enseñan generalmente las primeras. Yo fui allá, porque de ese modo una vez vistas, ya habíamos despachado con ellas.

Las plazas de Catania son como todas las plazas, grandes espacios vacios, rodeados de casas ; cuanto mas grande es el espacio, mas bella es la plaza : esto sucede en todos los países del mundo. Una de aquellas plazas

está rodeada de construcciones que no llaman la atencion. No sé cómo se llama aquella clase de fabricaciones, son casas, no son monumentos ; preténdese que son palacios ; ¡ mucho favor se las hace !

La otra plaza es un poco mas pintoresca, puesto que es un poco mas irregular. En el medio se eleva una fuente de mármol, coronada por un elefante de lava, el cual sostiene sobre su lomo un obelisco de granito. Este obelisco ¿ es ó no egipcio ? Tal es la grave cuestion que divide á los arqueólogos de Sicilia. Tal como es, sea egipcio ó no, un punto sobre el cual no hay duda, es que servia de *spina* al cerco descubierto en 1820.

En aquella plaza fué donde pregunté á mi guia si conocia á Bellini padre. A aquella pregunta se volvió rápidamente y enseñándome un anciano que pasaba en un carrujito tirado de un caballo :

— Ved, me dijo, héle allí que va al campo.

Corrí hácia el carruaje que detuve, pensando que no es uno nunca atrevido cuando se habla á un padre de su hijo, y de un hijo como este sobre todo. En efecto, á la primera palabra que le dije, el anciano me cogió las manos preguntándome si era efectivamente cierto que le conocia. Entonces saqué de mi cartera una carta de recomendacion que en el momento de mi partida de París me habia dado Bellini para la duquesa de Noja, y le pregunté si conocia aquella letra. El pobre padre no me respondió sino cogiéndola de mis manos y besando su sobre ; despues volviéndose hácia mí :

— ¡ Oh ! no sabeis, dijo, ¡ cuán bueno es para mí ! No somos ricos : ¡ pues bien ! á cada éxito favorable,

veo llegar un recuerdo suyo, y cada recuerdo tiene por objeto dar un poco de comodidad y de felicidad á mi ancianidad. Si viniérais á mi casa, os enseñaría una porcion de cosas que debo á su buen corazon. Cada uno de sus triunfos atraviesa los mares, y me trae un nuevo bienestar. Este reloj, es de *Norma*; este carruaje y este caballo, es una parte del producto de los *Puritanos*. En cada carta que me escribe, me dice siempre que vendrá; pero dista tanto París de Catania, que no creo en aquella promesa y tengo miedo de morir sin volverle á ver. ¿Le volveréis á ver vos?

— Sí, respondí, porque creia volverle á ver; y si tenéis algun encargo para él.....

— No. ¿Qué puedo enviarle yo? ¿mi bendicion? ¡Pobre hijo! Se la doy todos los dias al amanecer y al anochecer. Le direis que me habeis hecho pasar un dia feliz hablándome de él, y que os he abrazado como un antiguo amigo. El anciano me abrazó. Pero no le direis que he llorado. Por otra parte, añadió riendo, es de alegría de lo que lloro. ¿Y es verdad que tiene fama el hijo mio?

— Y muy grande, os lo aseguro.

— ¡ Cosa particular! ¿Y quién me hubiera dicho eso cuando yo le reñia porque en lugar de trabajar, estaba llevando el compás con el pié y haciendo cantar á su hermana nuestros antiguos aires sicilianos? En fin, todo eso estaba escrito allá arriba. Es igual, bien quisiera yo verle antes de morir. ¿Le conoce tambien vuestro amigo, hijo mio?

— Ciertamente.

— ¿ Personalmente?

— Personalmente. Mi amigo es precisamente hijo de un músico distinguido.

— Llamadle entonces, quiero tambien apretarle la mano.

Llamé á Jadin que se acercó. Tocóle á su vez ser halagado y acariado por el pobre anciano, que queria llevarnos á su casa y pasar el dia con nosotros. Pero era imposible; él iba al campo y nosotros teniamos invertido el dia. Prometimos ir á verle si volviáramos á pasar por Catania; luego nos apretó la mano, y partió. Apenas se separó algunos pasos, me llamó. Corri hácia él.

— ¿ Vuestro nombre? me dijo; olvidaba preguntaros vuestro nombre.

Se lo dije; pero este nombre no despertaba en él ningun recuerdo. Lo que conocia en su mismo hijo, no era el artista sino el buen hijo.

— Alejandro Dumas, Alejandro Dumas, repitió dos ó tres veces. Bueno, me acordaré que el que lleva ese nombre me ha dado buenas nuevas de mí.... Alejandro Dumas, ¡ adios, adios! Yo me acordaré de vuestro nombre; ¡ adios!

¡ Pobre anciano! Estoy seguro que no lo ha olvidado, porque las noticias que le di eran las últimas que debia recibir.

En cuanto nos separamos de él, nuestro guia nos condujo al Museo. Este Museo, todo compuesto de antigüedades, es de fundacion moderna. Para fortuna de Catania, se encontró un gran señor rico sin saber qué hacerse de aquella riqueza, y además artista. Era don

Ignacio de Paterno, príncipe de Biscari. En primer lugar recordó que marchaba sobre otro Herculano, y las excavaciones reales comenzaron hechas por un simple particular. Este fué el que halló un templo de Ceres, quien descubrió las termas, los acueductos, la basilica, el forum y las sepulturas públicas. En fin, él fué quien fundó el Museo y recogió y clasificó los objetos que hacen parte de él; esos objetos se dividen en tres clases: las antigüedades, los productos de historia natural y las curiosidades.

Entre las antigüedades se cuentan estatuas, bajos relieves, mosaicos, columnas, ídolos, penates y vasos sicilianos.

Las estatuas pertenecen casi todas á una época de mal gusto ó de decadencia, y no ofrecen de notable sino un tronco que pertenece, segun dicen, á una estatua de Júpiter, una Pentesilea moribunda, un busto de Antinoo, y una hembra de centauro: aun esta última pieza es mas preciosa como curiosidad que como arte: todas las estatuas de centauros que se han hallado, eran estatuas de varones, y las centauras no existian ordinariamente sino en los bajos relieves y en las medallas.

Los vasos sicilianos componen, sin contradiccion, la coleccion mas interesante del Museo, siendo de formas variadas hasta lo infinito, y casi todos de una elegancia perfecta.

En cuanto á los ídolos, penates, lámparas, etc., esot se ve por todos lados.

Los productos de historia natural pertenecen á los tres reinos de la naturaleza, y exigen apreciadores in-

teligentes. Lo que me pareció curioso y notable mas que nada, es una coleccion de pedazos de lava del Etna. Estas lavas, mucho menos bellas y variadas que las del Vesubio, son casi todas rojas salpicadas de gris; eso consiste en que el Etna contiene el hierro y la sal amoniaca en cantidad mucho mas grande que el azufre, los mármoles y las materias cristalizables, mientras que el Vesubio, por el contrario, contiene estos últimos objetos en grande abundancia.

En fin, la coleccion de las *curiosidades* consiste en armaduras, corazas, sables sarracenos, normandos y españoles, de los que hay algunos sumamente ricos y de un trabajo magnífico.

Se enseñaba tambien en otro tiempo un monetario que encerraba una coleccion completa de las monedas de Sicilia; pero á fuerza de enseñarle se apercibió el guardian que le faltaban cinco de las mas preciosas: desde entonces el monetario no se volvió á abrir.

Del Museo fuimos á la catedral atravesando la calle de San Fernando. Llamé precipitadamente á Jadin: se volvió.

— Detened á Milord, le dije.

— ¿Porqué?

— Detenedle antes; yo os diré en seguida porqué.

Jadin llamó á Milord y le ató con su pañuelo por el cuello.

— Ahora, le dije, mirad el escaparate de ese óptico.

En el escaparate del óptico habia un gato ocupado en mirar á los transeuntes á través de un par de anteojos que tenia muy gravemente sobre su nariz.

— ¡Pesto! dijo Jadin, habeis tenido buena idea : este entra en la clase de los gatos sabios y nos hubiera costado mas de dos duros.

Milord, en su cualidad de mestizo de dogo, era en efecto gran estrangulador de gatos, y habíamos juzgado útil, segun se recordará, tomar medidas sobre aquel punto. En consecuencia, desde Génova, ciudad en la que Milord habia comenzado á explotar en Italia la raza felina, habíamos discutido sobre el precio de un gato de buenas circunstancias, y habia sido ajustado con los propietarios de los dos primeros estrangulados que un gato de raza ordinaria, gris tordo, gris ceniciento, ó mosqueado de color de fuego, valia dos duros el máximum : bien entendido que estaban exceptuados de aquella tarifa los angoras, los gatos sabios, y en fin ros gatos de dos cabezas ó seis patas. Habíamos hecho se nos entregase un recibo en regla de dos gatos genoveses, habíamos hecho añadir sucesivamente á aquel recibo los recibos subsiguientes, de modo que nos hiciésemos con unos documentos irrecusables. Siempre que Milord cometia un nuevo asesinato, y que se nos pedia por la víctima mas de dos duros, sacábamos nuestros documentos del bolsillo y probábamos que dos duros era lo que acostumbrábamos á abonar en semejante caso, y entonces era muy raro que el dueño no se contentase con la indemnizacion con que se habian contentado la mayor parte de las personas con quienes habíamos tenido un trato parecido. Pero como hemos dicho, habia excepciones en nuestra tarifa, y un gato que llevaba anteojos con un aire tan majestuoso, debia naturalmente entrar

en las excepciones. Jadin, pues, habia hablado con mucha sensatez al decir que se nos haria pagar el gato del óptico en mas de dos duros, y habia obrado con una prudencia muy laudable cuando habia atado á Milord con su pañuelo.

Gracias á esta precaucion atravesamos la calle de San Fernando sin embarazo, y sin que Milord pareciese apercebirse sino por su cautividad de un instante de nuestra inquietud momentánea. Dentro ya de la iglesia le soltamos. Nada habia allí ya que temer.

La iglesia está bajo la invocacion de santa Agata, que, como se sabe, está enterrada allí. Su martirio consistió en ser atenaceada y cortada la cabeza; como Dido, tambien la santa ha sabido compadecer los males que sufrió, y es sobre todo milagrosa para las enfermedades del pecho. Una multitud de ofrendas de plata, mármol y cera, representando pechos, dan fe de su poder de curar, y de la confianza que el pueblo catanés tiene en la bella y casta virgen que ha elegido para su patrona.

En el coro lindos bajos relieves de madera de encina que datan del siglo xv, representan toda la historia de la santa, desde el momento en que rehusó desposarse con Quintiliano, hasta el en que se trajo su cuerpo de Constantinopla. Los mas curiosos de aquellos bajos relieves son los que representan á la santa herida por barras de hierro, ó en el que la cortan los pechos, donde la queman, ó aquel en donde visitada en su prision por san Pedro, es curada por él. Despues viene la segunda parte de la historia; despues de la mártir la

elegida, despues del suplicio los milagros. Entonces, y continuando los bajos relieves, se ve la santa apareciendo á Guibert y mandándole ir á buscar su cuerpo á Constantinopla. Guibert obedece y halla su sepulcro. Embarazado entonces para llevar aquella preciosa reliquia, divide el cadáver en pedazos y mete cada uno de ellos en el carcaj de sus soldados, y la lleva así hasta Catania, sin que se extravie de su cuerpo otra cosa que un pecho, que felizmente es hallado y llevado por una niña, de suerte que la bienaventurada Agata, con vergüenza de los infieles, se vuelve á encontrar enteramente completa.

Todos aquellos bajos relieves tienen una sencillez encantadora. Nadie fija en ellos su atencion; ningun libro los menciona, ningun cicerone piensa en enseñarlos, y sin embargo es, de seguro, una de las cosas mas curiosas que encierra la iglesia.

Olvidaba el velo de santa Agata que se conserva en la catedral. Aquel precioso tisú, como se dice en las tragedias clásicas, tiene el privilegio de detener las lavas que descienden del Etna: no hay mas que presentarlas el velo y el torrente se detiene, se enfria, y se coagula. Desgraciadamente es preciso que aquella accion sea acompañada de una fe tan grande que casi nunca el milagro tiene un éxi o completo; pero entonces la falta no está en el velo, está en el que le lleva.

Al salir de la iglesia, nuestro guia nos dirigió al anfiteatro, del que es casi imposible medir la extension, enterrada como está la mayor parte bajo la lava. De este anfiteatro es de donde se sacó, como hemos dicho,

en 1820 el obelisco que se eleva en la plaza del Elefante; pero las excavaciones exigian gastos enormes, y fué preciso abandonarlas.

Mas arriba del anfiteatro se halla un edificio que se nos aseguró ser la prision donde murió la santa. A la punta de aquella prision hay una piedra que conserva la huella de dos piés de mujer. En el momento en que santa Agata caminaba á la muerte, Quintiliano la hizo ofrecer otra vez mas la vida si consentia en abjurar y ser su mujer.

— Mi voluntad, respondió la santa, es mas firme que esta piedra.

Y la piedra cedió á la presion de sus piés cuyas huellas ha conservado desde aquella época.

Del anfiteatro fuimos al teatro. Pero para reconocer el uno y el otro, se necesita todavía mas fe que para presentar el velo de la santa á la lava. Hemos dicho ya que en aquel teatro era donde Alcibiades arengaba á los cataneses cuando Catania fué tomada por Nicias.

Si se quiere por lo demás ver de cerca y en toda su terrible variedad el efecto de las lavas, es preciso subir á una de las torres del castillo Orcini, edificado por el emperador Federico II, rey de Sicilia. La erupcion de 1669 circunvaló este castillo como una isla; pero aquel océano de fuego en vano batió al gigante de granito; el gigante quedó de pié en medio de las ruinas que le rodean.

Volvimos á la fonda, donde pensábamos tomar un bocado antes de visitar el convento de benedictinos, única cosa que nos quedaba por ver, cuando mirando á mi alrededor, me apercibi de que Milord se habia

hecho invisible. Cada vez que me sucedía semejante cosa conocíamos de antemano las consecuencias de aquella desaparición. Al cabo de algun instante le veíamos salir por alguna puerta ó balcon lamiéndose el hocico, y seguido de un indigena macho ó hembra, trayendo su gato por la cola y reclamando sus dos duros. Mi primera mirada me hizo conocer que estábamos en la calle de San Fernando, y la segunda que nos hallábamos frente al almacén del óptico; al mismo tiempo oí un estrépito endemoniado detrás de un tonel, que se hallaba á la puerta. Cogí el brazo de Jadin, y le enseñé el escaparate de donde faltaba el gato. Todó lo comprendió al instante; corrió hácia el tonel, cogió su par de anteojos que se puso inmediatamente sobre su nariz, como si fuesen los suyos que se le hubiesen extraviado, y volvió seguido de Milord. En cuanto al desgraciado gato, estaba asesinado en la oscuridad del rincón á donde habia bajado imprudentemente, y donde con prudencia dejó Jadin su cadáver. Nos hallábamos en aquella hora del día en la que, como desdeñosamente dicen los Italianos, no andan por las calles sino los perros y los Franceses. Así que nadie fué testigo del asesinato, ni aun las grullas del poeta ibico; no solamente el asesinato quedó completamente impune, sino que todavía Jadin heredó los anteojos del difunto.

Estos anteojos están en el estudio de Jadin, donde los enseña como los del famoso abate Meli, el Anacreonte de la Sicilia. Hasta ahora ha rehusado cien escudos que un inglés le ha ofrecido; no los dará, según asegura, sino por veinte y cinco lises.

LOS BENEDICTINOS DE SAN NICOLAS EL ANTIGUO.

El convento de San Nicolás, el mas rico de Catania, y cuya cúpula sobrepuja en altura á todos los monumentos de la ciudad, fué edificado hácia la mitad del siglo pasado por los planos de Contini. Se distinguen especialmente la iglesia y el jardín; la iglesia por sus columnas de verde antiguo y por un bellissimo órgano, obra de un monje calabrés, que pidió por toda paga ser enterrado bajo su obra maestra; el jardín, por la dificultad que ha habido que vencer: efectivamente está sentado sobre lava, y toda la tierra que le cubre ha sido llevada á brazo.

La regla del convento de San Nicolás era en otro tiempo muy severa; los monjes debían vivir sobre el Etna, en los límites de las tierras habitables; y al efecto, su primer monasterio estaba edificado á la entrada de la segunda región, tres cuartos de legua mas arriba de Nicolosí, última aldea que se encuentra subiendo al cráter. Pero como á la larga todo decae, la regla perdió poco á poco su rigor, y empezaron á no reparar el convento. Bien pronto una ó dos salas se aplanaron bajo